

# Tres visiones de Azorín

José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna y Ramón Pérez de Ayala

**S**e cumple en el presente año el veinticinco aniversario de la muerte de Azorín, lo que no deja de ser una buena ocasión para recordarlo y recapacitar sobre lo que su figura ha significado y, más todavía, podría aún significar, en las letras españolas. En el presente artículo evocaremos la figura del escritor a través de la imagen que de él nos han dejado tres de los más grandes escritores pertenecientes a la generación inmediatamente posterior a la de Azorín, la en ocasiones llamada generación de 1910.

El primero de los escritores a que vamos a referirnos es José Ortega y Gasset, el cual se ocupó en diversas ocasiones de Azorín, pero sobre todo en el ensayo que le dedicó en 1917, incluido en el tomo segundo de *El espectador*, titulado «Azorín o primores de lo vulgar»<sup>1</sup>. Es sin duda un ensayo magistral en el que el genio de Ortega brilla en todo su esplendor, y que sigue siendo, independientemente de que se esté o no de acuerdo con la interpretación orteguiana de Azorín, uno de los puntos culminantes de la bibliografía azoriniana.

El ensayo se divide en dos partes. Ortega está en vísperas de un viaje a la Argentina y como despedida de España se propone de nuevo visitar el Escorial. En esos instantes le llega un libro, un libro de Azorín, *Un pueblecito*, y al comentario de este libro dedica la primera parte de su ensayo. En la segunda, Ortega se encuentra ya en el Escorial, paseando por el Jardín de los Frailes con un libro en las manos. Es también éste un libro de Azorín, pero ahora el libro de que se trata es *Castilla*, y Ortega va desgranando sus comentarios sobre el libro, en contraste con la inmensa mole escorialense.

No duda Ortega ni de la originalidad de nuestro escritor («Difícil será encontrar en el panteón literario de nuestro país un escritor parecido»), ni tampoco de su elevada significación: «Cuando gentes de fino oído histórico —dentro de un siglo, de dos siglos— perciban la ominosa, increíble abyección intelectual y moral de esta España

<sup>1</sup> José Ortega y Gasset, «Azorín o primores de lo vulgar», *El espectador*, en *Obras completas*, t. II, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, *Revista de Occidente*, 1950, págs. 157-191.

de ahora, el gesto sobrio, tembloroso, humano, emocionado con que el arte de Azorín se eleva sobre tan ruin fondo, parecerá un milagro del espíritu».

Todo el arte de Azorín parece resumirse en el título de ese libro suyo, *Un pueblecito*, pues Azorín es el artista que le vuelve la espalda a todo lo solemne, lo majestuoso, lo grandilocuente, para concentrar su atención en lo minúsculo, lo sencillo, lo vulgar, lo insignificante, aquello en lo que la mayoría ni siquiera repara. Al margen de los grandes acontecimientos de la historia y de las grandes palabras que pretenden señalar en ella un progreso, una marcha ascendente, Azorín sabe captar «esa sensibilidad básica del hombre a través de los tiempos», esa angustia latente que recorre las edades y que Ortega llama «trémolo metafísico». Pues Azorín, como todas las personalidades fuertes, posee en grado sumo la cualidad del «sinfonismo», que, a diferencia del «sincronismo» o coincidencia entre los hombres y circunstancias de un mismo tiempo, es la capacidad de coincidir en un mismo sentir con hombres y circunstancias de distintas épocas. En el caso que nos ocupa, el de *Un pueblecito*, Azorín coincide en el sentir, se identifica, con don Jacinto Bejarano, autor desconocido de un libro publicado en 1791, escrito cuando era cura párroco de Riofrío de Ávila; ese don Jacinto Bejarano que en su libro se nos revela como un hombre culto y sensible, que suspira por la vida de Madrid, de la que en su rural parroquia se siente como desterrado. Pues los espíritus selectos formarán siempre una minoría a lo largo de los tiempos, inevitablemente incomprendida por la muchedumbre y hostigada por el ambiente. Así, Azorín el sensitivo, en el ambiente, no menos hostil para la vida del espíritu, de Madrid, siente el mismo quejumbroso dolor que sentía el delicado y desconocido Bejarano, cura párroco de Riofrío de Ávila. Hasta aquí la primera parte, pero es en la segunda donde el ensayo adquiere su máxima profundidad.

En ésta, Ortega se encuentra ya en el Escorial, paseando por el Jardín de los Frailes con un libro en las manos, *Castilla*. «¡Un libro triste! ¡Un libro bellissimo!», un libro que provoca en Ortega el siguiente comentario: «La España de Azorín está compuesta de cosas rendidas que se inclinan hacia la muerte». Ortega no puede menos de señalar el contraste entre el libro que lee y el marco en que lo lee: «De un lado, este lindo librito, que me convida a irme muriendo; de otro lado, este edificio, que enseña la única receta para vivir: el combate». Azorín nos describe una vida quieta e inmóvil, una vida que es siempre la misma, idéntica a sí misma. De ahí que leyéndolo se sienta una sensación como de «inercia cósmica». Pues el arte de Azorín es «un ensayo de salvar al mundo», al mundo inquieto que marcha a su propia destrucción. Pero si «el arte es siempre una aspiración a divinizar las cosas», la manera de divinizarlas de Azorín es hacer que no transcurran jamás, que vivan siempre en presente. Sólo que, para conseguirlo, Azorín «petrifica (al mundo) estéticamente. Quisiera suspender la vida del mundo en una de sus posturas, en la más insignificante, por siglos de los siglos. Y esta quietud virtual es para Azorín la única forma de la inmortalidad».

Esta visión de Azorín parte de una intuición radical respecto a España. Azorín ha visto que «España no vive actualmente», sino que «la actualidad de España es la per-

duración del pasado», pues «España no cambia, no varía; nada nuevo comienza, nada viejo caduca por completo. España no se transforma, España se repite, repite lo de ayer hoy, lo de hoy mañana. Vivir aquí es volver a hacer lo mismo. Por eso dice Azorín que para él, contemplativo, *vivir es ver volver*». Y por eso el presente en Azorín, ese presente inalterable a que, en su intento de salvar las cosas, de divinizarlas, querría reducirlo todo, «se sorprende a sí mismo como habiendo pasado ya, como siendo un *haber sido*».

Los libros de Azorín nos describen esa eterna repetición que es la vida de España. Ahora bien, ¿qué es lo que se repite? Lo que se repite nunca es lo heroico, lo genial, lo trágico, lo magnífico, sino lo trivial y baladí, es decir, lo vulgar. ¿Y qué es lo vulgar sino la costumbre? ¿Y qué es la costumbre sino «la forma inerte de la vida»? Por eso no ha de buscarse nunca en el arte de Azorín ningún tema de heroísmo, pues lo heroico es la «aspiración a innovar la vida». El héroe rompe con la tradición, con la costumbre. Y así se puede decir que «el héroe no tiene costumbres; su vida entera es una invención incesante».

Llegado a este punto, Ortega reconoce abiertamente su radical discrepancia con el arte de Azorín, una discrepancia que ya se había anunciado antes en el contraste entre el libro que leía, *Castilla*, y el marco escurialense en que lo leía. «La impresión espontánea que la vida me produce es contradictoria de la que produce a Azorín. Yo veo en la innovación, en la invención, el síntoma más puro de la vitalidad. En consecuencia, yo quisiera un arte de lo heroico donde todo fuera inventado; un arte dinámico y tumultuoso que desplazara la realidad». No obstante, reconoce asimismo que es reprobable pretender que el mundo coincida con nuestras limitaciones. Por eso, mientras ese arte de lo heroico llega, «¿cómo no aspirar el aroma de la rosa marchita que ahora se nos acerca?».

Lo que se repite, es decir, la costumbre, es el tema de Azorín; pero esto no quiere decir que Azorín sea un escritor costumbrista. No, poeta de la costumbre; y no escritor costumbrista, es Azorín, como asimismo es poeta de lo castizo y no escritor casticista.

En fin, para Azorín, como para los antiguos estoicos, «todo lo que es vuelve a ser eternamente —y sólo es verdadero—, sólo tiene una profunda realidad lo que vuelve. Las diferencias, las innovaciones no son más que apariencia». Por eso, «pase lo que pase, subsistirá en el universo el mismo volumen de melancolía». Y por eso, no puede Ortega menos que reconocer, «Azorín nos facilita la sensación de ciertos fenómenos cósmicos y elementales», y añade a continuación: «Casi no podemos pedir más a un poeta», y en este «casi» están implícitas todas las reservas que, pese a la admiración indudable, le inspira asimismo el arte de Azorín.

Ya decíamos al principio que el ensayo de Ortega, de cuya riqueza con nuestro resumen el lector sólo podrá formarse una idea aproximada, era un ensayo magistral, independientemente de que se esté más o menos de acuerdo con la interpretación y valoración orteguianas de Azorín. En efecto, para Ortega, Azorín es el escritor de lo vulgar, a lo que contraponen lo heroico, pero una de las notas de lo heroico es